

Libros

EL TIEMPO VIVIDO,
ACERCA DE ESTAR

SÓLO LO PASAJERO PERMANECE Y DURA

Por Juliana González Valenzuela

A diferencia de 'ser', 'estar', para Xirau, remite directamente a la *presencia*, al tiempo ("estar presente", "estar en el tiempo"); al "espacio-tiempo", cabe decir: al *hic et nunc*, el aquí-ahora que es propio del hombre. 'Ser', en cambio, aludiría más bien (sobre todo en su uso filosófico o metafísico) a lo que se sustrae a la temporalidad y a la relatividad: al no-tiempo, al subsistir (substancia) inmutable propio de lo absoluto.

...el 'estar' se refiere a una forma limitada del tiempo; el 'ser' a una cualidad permanente, a lo que solemos llamar una esencia.¹

Línea constante y central de la reflexión de Xirau ha sido siempre —desde sus primeras obras hasta ésta última— su insistencia en el carácter imperfecto, contingente, "humilde" del ser humano. Pero, al mismo tiempo, en contra de toda "deificación" del hombre, se empeña —como corresponde en esencia a todo genuino "humanismo" en cifrar la grandeza humana el sentido mismo de la vida— en esta condición imperfecta y temporal:

'estar' significa con dignidad y modestia, con humildad y orgullo, arraigar en la tierra...²

El hombre puede encontrar justamente en su *presencia* en el mundo, en su 'estar' aquí y ahora, lo contrario de una pura caducidad y nihilidad; puede participar de algún modo de la eternidad.

Esto es así, fundamentalmente porque el 'estar' —conforme lo destaca Xirau— no es sólo, ni mucho menos, un abstracto "vivir el presente" —como puro presente—; éste de hecho no existe sin la memoria y sin la proyección y literal pre-visión del futuro: el *tiempo vivido*, lo que le da su carácter *vital* en las aproximaciones de Xirau, es la *continuidad*, la persistencia, la plenitud existencial que conlleva la unidad integral de la temporalidad: la liga indestructible de pasado-presente-futuro, originando, precisamente, un *ahora* que es *presencia* constante: unidad de "ahoras" en el *hic et nunc*. Tenía razón Quevedo —dice Xirau—:

Sólo lo pasajero permanece y dura.³

Pero además, el tiempo vivido es inconcebible para Xirau fuera de la unión indisoluble de "alma" y "cuerpo":

Mi idea del hombre —dice— no difiere de la de Mounier: "el hombre es cuerpo de la misma manera que es espíritu; enteramente 'cuerpo' y enteramente 'espíritu'".⁴

A diferencia de Bergson —y aunque Xirau reconoce en éste al maestro de la concepción del "tiempo vivido" (*le temps vécu*), de la duración (*durée*), de la idea misma de tiempo cualitativo, interpenetrado, etc., Xirau recae en la necesidad de admitir tanto la "duración" del cuerpo (también el cuerpo dura), como la unidad psicosomática por la cual la temporalidad no se explica tampoco sin la "estancia" en el mundo corpóreo. De ahí la importancia que Xirau concede al presente —sin privilegiar el pasado, ni el futuro— y que otorga a eso que designa como la *atención*. El presente *vivido* "rasga", por así decirlo, la eternidad, precisamente porque es *atención*: conciencia y vivencia de lo que existe (estado de *alerta* (*alétheia*) y de asombro (*thauma*), como habían dicho los griegos. Aunque también, la atención en Xirau no está nada lejana al estado de vigilia y conciencia (*awareness*) del que habla la sabiduría oriental, particularmente zenbudista).

Sólo porque el presente va más allá de sí mismo —es trascendencia—, porque es el receptáculo vivo y dinámico de una *memoria*, de un proyecto y de un ilimitado mundo, ahora presente (y antes presente y mañana presente, "siempre *ahora* del ayer y del mañana"), sólo por eso, la actualidad contiene virtualmente la eternidad. Es ella



Ramón Xirau

misma sucesión constante, continua "de presencia en presencia" como una totalidad "llena": plenitud de la propia condición temporal. "Llena" pero a la vez capaz de "respirar": móvil, viva, en los términos que Xirau retoma del poeta:

Soy; más, estoy, respiro.⁵

El 'estar', en efecto, el tiempo vivo, la presencia, no se da sin memoria ni sin proyecto —como no se da sin atención: sin 'estancia' verdadera en el presente:

... 'duración estable', en el constante movimiento que, centrado en la atención, va y camina y se bifurca en pasados, futuros, futuros-pasados, memorias-previsión...⁶

Y Xirau aborda cada uno de estos "horizontes" en su *tiempo vivido* dialogando con algunos de los principales filósofos del tiempo (dialogando en ese estilo suyo, tan suyo y tan intencionadamente "personal" y coloquial, que torna accesibles, cercanos, "vivos" tanto a los filósofos como a los argumentos y los problemas filosóficos). Así primeramente atiende a la concepción del tiempo y la memoria de San Agustín a

¹ Ramón Xirau, *El tiempo vivido, acerca de 'estar'* Siglo XXI, editores, México, 1985, p. 60.

² *Ibidem.*, p. 60

³ *Ibidem.*, p. 82

⁴ *Ibidem.*, p. 70

⁵ *Ibidem.*, p. 89

⁶ *Ibidem.*, p. 88

quien dedica el primer capítulo del libro destacando el hecho de que San Agustín piense el tiempo desde la eternidad la eternidad de lo divino, a diferencia de las filosofías contemporáneas de la existencia (Heidegger y Sartre, principalmente) que ven el tiempo *sin* eternidad. Pone de relieve asimismo la idea agustiniana de la interpenetración viva del tiempo, de la *memoria* como la esencia misma del alma humana, de la "virtud" de la memoria, la capacidad que ésta tiene justamente para revelar la eternidad, para descubrir en su propia intimidad la presencia de lo divino. Como cita Xirau:

La memoria soy yo mismo, yo mismo alma...⁷

En contraste con ello, expresamente *er* "contrapunto" con la idea de Agustín, Xirau toca también algunos aspectos de la visión sartreana del tiempo afirmando que Sartre,

ha escrito lo más lúcido acerca del tiempo en los últimos cincuenta años.⁸

Particularmente, Sartre penetraría en la significación que tiene el futuro y el proyecto humano. Pero Xirau, en definitiva, no acepta la hegemonía que Sartre da al porvenir, y la nihilización del presente ("el presente *no es*" dice Sartre), ni mucho menos, está de acuerdo con el valor "cosificado", "solidificado" (*En-soi*) que Sartre otorga al pasado. En Sartre se expresa una concepción aporética del tiempo en la que, al contrario que en Agustín, al no encontrar la eternidad, se disuelve en sí mismo.

Xirau se encuentra, entonces, más cerca de Bergson que de Sartre:

Bergson —dice— descubrió el 'tiempo vivido', la 'duración' personal, heterogénea, distinta en cada persona. Este descubrimiento fue decisivo y sigue siéndolo...⁹

Pero Bergson, según ve Xirau, concede por su parte, excesiva importancia a la memoria y al pasado; a pesar de que él habló también de "la atención de la vida", no acabó de ver la importancia del presente, del estar como presencia viva que contiene —como un lleno y no un vacío— la memoria-atención-previsión, y las contiene —dice Xirau— "en cuerpo y alma".

En este sentido, Xirau reconoce tam-

bién su proximidad con Heidegger: no con el Heidegger de *El ser y el tiempo* ("sistemizador de la muerte" —le llama), y que también tiene una idea nihilista (angustiante) de la temporalidad, sino con el Heidegger posterior (sobre todo a partir de *Hölderlin y la esencia de la poesía*). En especial, Xirau destaca y hace suyos los conceptos heideggerianos de 'habitar', 'construir', 'cultivar' el "estar en el mundo", en "la tierra", como un modo de "cultivarla" y "habitarla"; habitarla como la "habita" el poeta:

...construir es ya, en buena medida —escribe Xirau— habitar y el habitar es 'cultivar', estar los hombres en la tierra... 'habitar' es no solamente 'quedarse', 'vivir en', sino 'cuidar' libremente el terruño... Y si pensamos en lo esencial de lo esencial mismo... sabremos que habitar la tierra implica no solamente a la tierra sino también al cielo, a los mortales y a los inmortales.¹⁰

El propio Xirau reconoce que la idea principal de su libro es precisamente la relativa a la atención, a esa estancia integral (alma-cuerpo, pasado-presente-futuro, interioridad-exterioridad, yo-otros, yo-otro) en que se cifra la *permanencia temporal* del vivir humano. Ésta es estabilidad cambiante (como lo era, según recuerda Xirau, en particular para Heráclito: "cambiando reposa"). La poesía, el arte en general, la mística, penetran de manera excelsa en la eternidad del tiempo. Pero también ella está en la vida común, dice Xirau:

"la presencia es alcanzable en distintos grados. Puede formar parte de nuestra vida cotidiana."

Y es que, en definitiva, para Ramón Xirau, la eternidad (del orden divino, trascendente, religioso) no es algo distinto de la eternidad inherente al tiempo (inmanente, "terrenal", filosófica, artística, "cotidiana"). Xirau intenta aproximar los dos órdenes: tanto el temporal a la eternidad, como el de lo eterno a la temporalidad misma. De ahí el reconocimiento del "mundo", del "cuerpo" (de la "sacralidad del cuerpo", dice), del presente vivo de la duración existencial. Y de ahí también la "doble lectura" que permite su obra: religiosa y laica, conceptual y "metafórica". En ambos casos, sin embargo, lo innegable es que en este libro se aborda el tema del tiempo que es, en efecto, como ya veía con toda certeza

San Agustín, uno de los temas más esenciales del cuestionar filosófico. (Tema que, por lo demás, Xirau literalmente "ensaya", "bosqueja", "apunta", ofreciendo de él —como en arte expresionista o abstracto en general— eso: indicios, sugerencias, "manchas" o trazos expresivos: no desarrollos pulidos y acabados, sino que deja al lector completar la obra, desarrollarla —probarla y comprobarla— por cuenta propia)

¿Qué es el tiempo —pregunta San Agustín—... ¿quién podrá comprenderlo con el pensamiento, para hablar luego de él?...

Las preguntas que se plantea San Agustín —comenta con justa razón Xirau, replanteadas en el siglo XX por Bergson, Heidegger, Husserl, Sartre, no son ociosas ni son abstractas puesto que son cuestión de vida.¹² ♦

¹² Ibidem., p. 16

Ramón Xirau, *El tiempo vivido, acerca de 'estar'* Siglo XXI, editores, 1985.

BAJO LA MIRADA DE OCCIDENTE

LA NOVELA DE RAZUMOV

Por Héctor Orestes Aguilar

La obra de Joseph Conrad nos sujeta la fidelidad a nuestras lecturas adolescentes, el conocimiento del raro placer que una literatura con temperamento oceánico provoca, y la certeza de que en ella, como en nuestro propio fin de siglo, el sueño y el temor se dibujan como los límites entre los que se debaten la escritura y la vida. *Bajo la mirada de Occidente* es un libro fundacional en las letras inglesas porque toca esos límites y vislumbra la cima de la épica conradiana: una novela política donde se entran el derrumbe de las convicciones más profundas y el florecimiento de la soledad de los hombres. En 1920 Conrad apuntaba que la naturaleza de su relato era esencialmente histórica; lo que se encuentra en estas páginas es, efectivamente, un testimonio sobre el pasado. Desde un barrio de refugiados rusos en Ginebra, hacia

⁷ Ibidem., p. 25

⁸ Ibidem., p. 29

⁹ Ibidem., p. 51

¹⁰ Ibidem., p. 88-89

¹¹ Ibidem., p. 96